

NEVANDO EN LA GUINEA

Tres erres: resistencia, respeto, rebeldes

AÑO 5. ABRIL/JUNIO DE 2021

N.º 12.



www.cuadernodebidaxune.blogspot.com

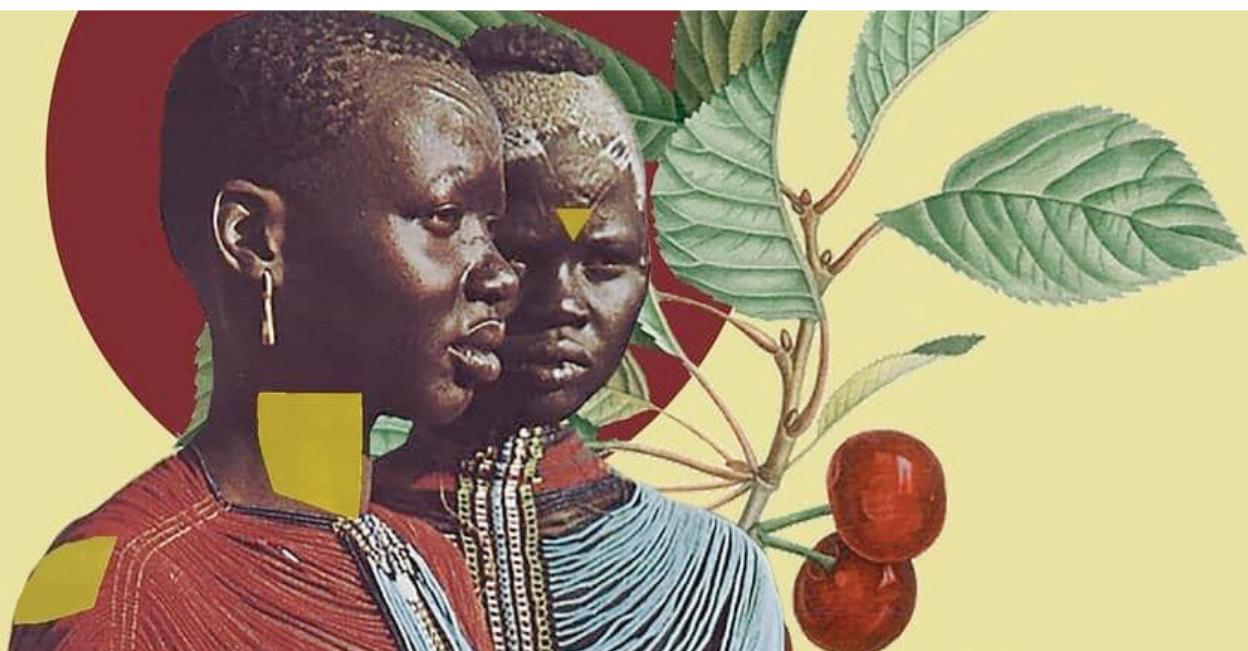
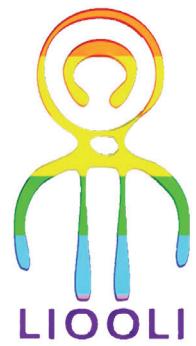


Foto: Pinterest

www.lioolimixturas.com

www.cappiannetta.com



N.º 12. Año 5
ABRIL-JUNIO DE 2021

CONSEJO EDITORIAL
Cecilio Olivero Muñoz
Juan A. Herdi
Juliana Mbengono

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
maquetadores.org

ILUSTRACIONES
Cecilio Olivero Muñoz

DEPÓSITO LEGAL N.º pp 2 0 1 9 0 2 DC58 789

Realizado en: Madrid-Bilbao-Barcelona-Malabo.



Foto:Pinterest

EDITORIAL XI

A mediados de febrero el encarcelamiento de Pablo Hasél para cumplir una condena por enaltecimiento del terrorismo e injurias a la Corona ha puesto sobre la mesa, otra vez, los límites de la libertad de expresión en el arte y de los artistas. ¿Deben establecerse límites? ¿Se tiene que incluir el mal gusto o la falta de decoro en los tipos penales punibles? En caso afirmativo, ¿dónde colocamos dichos límites? En caso negativo, ¿son homologables las declaraciones de una canción o de un texto a otro tipo de declaraciones públicas, por ejemplo a un acto político donde alguien exprese ante esvásticas y símbolos fascistas que los judíos son culpables, no sabemos muy bien de qué, aunque intuimos la amenaza evidente?

No es la primera vez que ocurre en España, hay otros raperos que han sufrido juicios por los contenidos de sus letras. Por otro lado, el actor Guillermo Toledo fue denunciado por ofensas a los sentimientos religiosos, aunque absuelto en juicio, por unas declaraciones suyas. ¿Es pertinente que en una democracia consolidada, con todas las deficiencias que pudiera tener, pero donde se reconoce la libertad de expresión y se hace uso de ella cotidianamente, ocurran estas cosas?

Hay que aclarar tal vez antes que nada que la libertad de expresión es sobre todo la libertad de quienes no piensan como nosotros y con quienes no compartimos un espacio ideológico ni simbólico. Tampoco nos tiene que gustar su modo de expresión. No se trata de que nos agrade o no la música rap ni lo que digan en ellas, sino de su

libertad a expresar lo que consideren opportuno y en la forma que quieran. Y cuando hablamos de rap, hablamos también de cualquier otro estilo. En este contexto, ¿debemos proteger ciertas instituciones o algunos sentimientos determinados de las críticas o incluso de las burlas? ¿Qué ocurre cuando la expresión va más allá de la mera crítica y entra en el ámbito de lo indecoroso o lo soez?

El problema tal vez esté en lo difícil que es establecer límites. Difícil y peligroso. Sufrimos ya no pocas veces las limitaciones de «lo políticamente correcto», que ha llevado en algunos casos a la autocensura de muchos autores. Asistimos también a cierta reprobación de películas y libros de otras épocas, con otros valores hegemónicos hoy superados, como si los destinatarios de esos productos culturales requirieran de la protección de no sabemos qué inquisiciones. Es evidente que si a alguien ofende los contenidos de un libro, una película o una canción, lo mejor es que deje de leer, de ver o de escuchar.

No estamos de acuerdo con que Pablo Hasél haya acabado en prisión, estemos o no de acuerdo con lo que cante y aun cuando podamos escandalizarnos o no por ciertos contenidos o formas de expresión de este rapero. Tampoco es que consideremos que las expresiones del arte estén privilegiadas a otros ámbitos, pero nos parece muy claro que hay contextos diferentes. Reclamar la plena libertad de expresión en el ámbito cultural es ahora mismo una necesidad imperiosa en un momento en que las amenazas a la misma son más que palpables.

Por Cecilio Olivero

DICHOSA HOSPITALIDAD

Existen familias que se reúnen
los domingos lentos del mediodía
para reír y para tomar,
hacen barbacoa en la brasería
y trasmitten cierta paz fraternal,
juegan en los umbrales de alegría,
yo que no saco hocico al portal
y me hago mendigo de compañía,
me toca a mí primero pasar
ya que la dama es una arpía.

Muchos no comen por no engordar,
otros rehúyen de ruidos y algarabía,
hay que con colesterol hacen bondad
y mastican a dos carrillos sonámbula caloría,
mamá cambia la mala leche por sal
y tiene ella la total garantía
que en esta reunión familiar
hay preámbulo que diluye melancolía,
pues algunos miembros faltan
y recuerda triste al ver una silla vacía.
A algunas les gusta hacerse esperar,
otras te dejan la sopa tan fría...,
manosean el pan que ha de migrar,
ratos avinagrados de partícula mía,
pues vienen a darle faena a mamá,
a manchar manteleras y cubertería.
Existen familias que son dulce hogar

y dulcemente hogar debe ser la mía,
se emponzoña con el brindis final,
pues corta la vida, la bechamel se agría,
al final cambia la plata su metal,
predomina el asco y la antipatía,
¿dónde son enseñados a ser buen comensal?
¡Una anfitriona peor no los recibiría!
Perdigones de migas de rancio gañán
mientras el potaje fermentaría,
perdices felices entristecen la paz
cuando raspa de pescado trae a porfía
al papá blanco que ennegrece con cal
o porque dizque en todos lugares la lía.
Una cosa es comer, y otra zampar,
la cena con ellos es sombría,
les enseñaron los hermanos Marx
desde su camarote, lo suponía.
Los modales se enseñan en el hogar
mientras niños pequeños sean todavía.
Existen mendigos vestidos con frac,
existen lunáticos del día a día,
existen fanfarrones en *business class*,
existen ricachones que juegan su lotería.
Existen amigos que vienen y van,
existe parentesco de tormenta tardía,
existe sister que obliga a aceptar
lo que *brothers* en desdén ninguno querría.

CECILIO OLIVERO MUÑOZ

THE WEIRD

Qué asquerosa es la vida codiciando el oxígeno azul que respiran los otros. Qué asquerosa es la vida para los que apuntan al paredón de las verdades, qué asqueroso y qué rancio es oler el cuero de cien años tras la apariencia de los beatos, qué asquerosa es la vida para los que expulsan a la nieve de los sueños de azúcar, qué asquerosa es la vida para los que absorben cada neurona del pensamiento, qué asquerosa es la vida para los que desnudan a los niños de la fría sopa, qué asquerosa es la vida para los que con una vela en la nariz beben a morro limonada con menta, qué asquerosa es la vida de los que odian las espinas de una rosa y la señalan por ser una roja rosa fresca, qué asquerosa y triste es la vida para los que estornudan en la cara a los benditos, qué asquerosa ha sido la vida para los que husmean en los trasteros comunitarios, qué asquerosa ha sido siempre su vida para los que tienen hambre de que algo le suceda a los principes de la dicha, qué alegría sería pasarte un STOP en la almohada, qué alegría más grande sería ver a mi madre con

treinta y ocho años y decirle: -¡Qué guapa estás hoy mamá! Qué alegría sería ver a mi padre como un roble erguido silbando una canción por bulerías, qué alegría me daría besar la mejilla de mis abuelos y someterlos al abrazo que no abarca, qué alegría más grande sería repartir poemas por las calles y que la gente los guardara como reliquias del despertar nuevo, qué alegría sería remontar el vuelo desde mis patas de vencejo y creerme una águila en el cielo, qué alegría sería ver fornicar perros en el invierno y esbozar aire congelado desde los corazones ciegamente calientes.

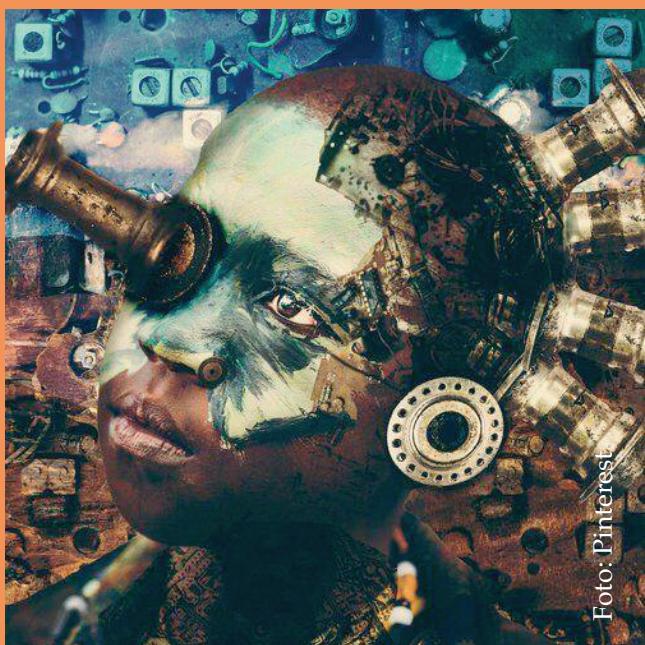


Foto: Pinterest

Por Bertha Caridad

Me gustaría saber dibujar, y pintar...

El amor, mi bella Isla con sus campos y extasiarme con su olor, con el calor del sol derritiendo la piel, la luz de sus colores, cual arcoíris perenne. Recrear me en un sueño, la imaginación, quizás... añoranzas, recuerdos felices, bien guardados en mi corazón, o la paz de un paraíso escondido en lo más profundo de mi ser.

Conforme mi cuadro, trazo la primera línea, la del horizonte, con inmensas montañas... azules, que entre la niebla se funden en un fuerte abrazo con el cielo donde unidas se pierdan. Un caudaloso río separa las montañas, bordeado por frondosos árboles entretejiendo las erguidas y majestuosas palmas, debajo un rebaño pastando.

A la derecha, un naranjo floreciente, sus flores blancas son... perlas, emanando un perfume que solo brinda la primavera. Y a su sombra, un caballete, un lienzo, la paleta de colores con pinceles y una hermosa joven de piel morena, con los ojos cual azabache protegiéndola de cualquier maleficio, el cabello largo recogido en una gruesa trenza. Dibuja sus sueños...

A la izquierda, un pequeño camino de ensueños, con piedras que contrasta entre

el verde de pequeñas plantas, con flores amarillas y rosadas, termina donde existe una casita blanca; como cuentos de hadas, la puerta y ventanas son azules, abiertas, cubierta por tejas rojas. El sol ilumina «la hacienda», y las luces y sombras de las altas arecas, en el camino se proyectan.

De columna a columna, una hamaca acuna a un señor ya mayor, apoya en el suelo la pierna derecha y en su pie Canelo, su fiel y mejor amigo disfruta también de la siesta. ¿Se columpia? Tal vez... o a su paladar llega ese delicioso aroma de un buen café, antes de continuar su dura faena, viste ropa de trabajo, tiene sobre el pecho un viejo sombrero de guano, sucio por el sudor y la tierra...



Foto: Pinterest

Al fondo de la casita y a ambos lados, una arboleda, protegida de las malas hierbas por una cerca, con flores de papel, color púrpura, en su tronco, mariposas, lirios blancos, amarillos y matizados color fresa, mientras, alegre, un colibrí en ellas revoletea, ¿El árbol más cercano? Hay varios de mango, uno de naranja agría con el tronco cubierto de orquídeas violetas, el más robusto es el de mango manzano, con guirnaldas de frutos tan rojos que... con el pincel percibo... ¡el olor inconfundible del mango de mi tierra!

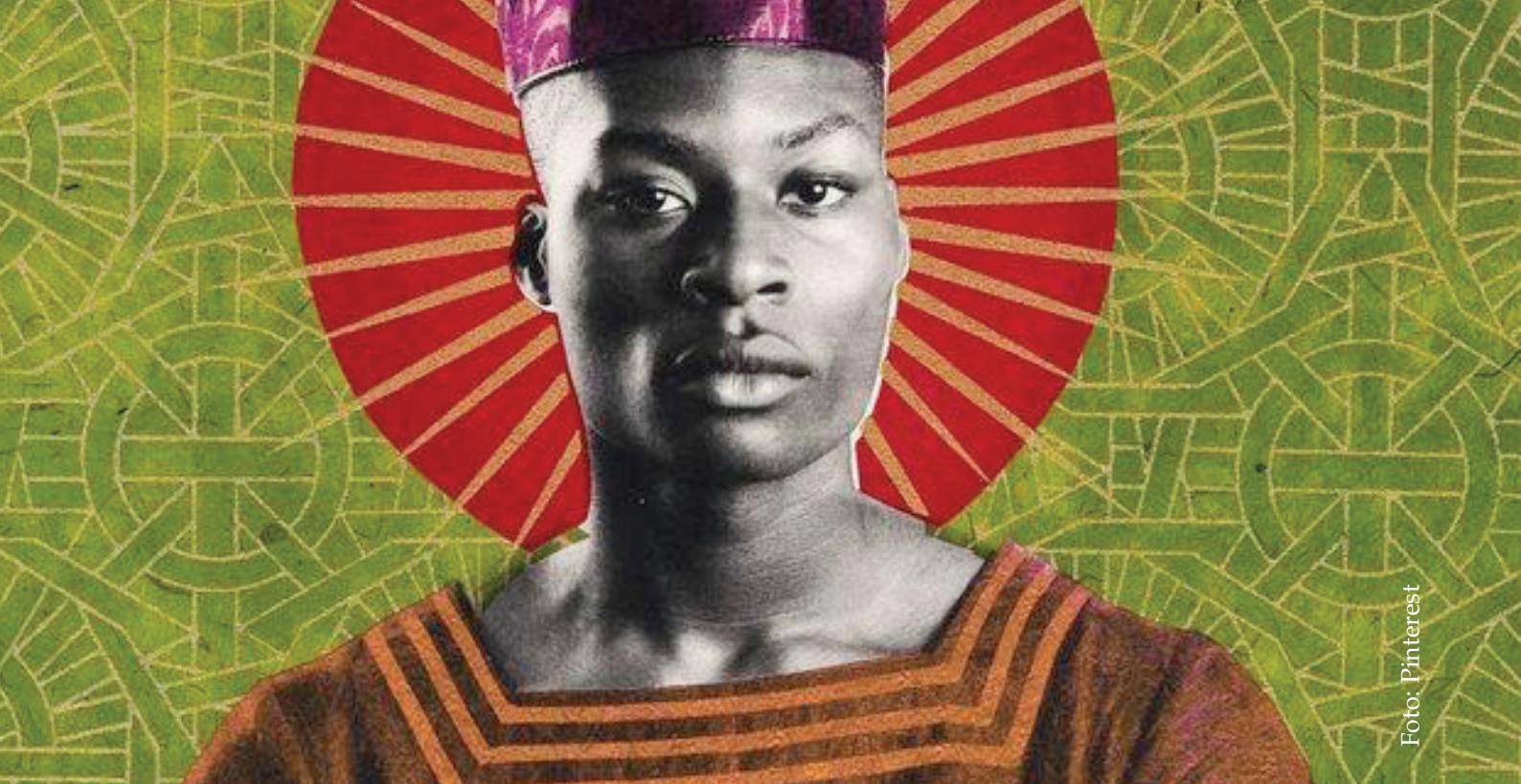


Foto: Pinterest

CONTENIDO

RESEÑAS / Canción. Eduardo Halfon.....	9
RELATO / Conociendo a Abel. Natalia Doñate	10
POESÍA EN PROSA / Autumn leaves. Cecilio Olivero Muñoz	12
POESÍA / El sendero de la finca / Poetisa sin pluma ni papel. Juliana Mbengono / Inasequible / Avara sombra. Javier Olalde	13
RELATO / Paso de Baile. Juan A. Herdi.....	14
MICRORRELATOS / No tengo recuerdos. María José Basañez / Blanco y negro. Jonathan Blanco / Afterwork. Emma Crespo / Le voyage. Marisol González.....	18



Por JAH

EDUARDO HALFON

Canción

Libros del Asteroide, 2001

Una vez más Eduardo Halfon vuelve a conseguirlo: de un modo troceado, a través de párrafos sueltos que responden a lugares y tiempos diferentes pero que marchan hacia un mismo objetivo, construye un mosaico en el que nos narra la historia de su abuelo, que tiene el mismo nombre que el narrador y nieto, lo que no es baladí en la sucesión de paralelismos y repeticiones que se van dando a lo largo de esta breve pero intensa novela.

Nos cuenta, sí, la vida de este abuelo nacido en Trípoli y que parte hacia Guatemala antes de que se constituya Líbano, lo que da pie a una reflexión sobre la identidad que hilvana todo el relato, la identidad colectiva pero también personal, algo que el narrador se plantea en sí mismo respecto a su familia y sus orígenes diversos, y que viene reforzada además por ser él mismo un escritor guatemalteco con orígenes diversos. Además, narra en esta evocación literaria el secuestro que sufrió su abuelo en un periodo convulso del país de acogida y durante el cual se confronta a uno de sus secuestradores, el que lleva el apodo de Canción, lo que a su vez

da pie a presentarnos un capítulo tremendo de la historia de Guatemala.

No sin humor, ese congreso en Tokio donde la cuestión puesta sobre la mesa alcanza no pocos problemas identitarios y alcanza un cierto grado de absurdo, ese libro es una nueva propuesta para que reflexionemos sobre un mundo que puede ser cualquier cosa menos uniforme. No he podido dejar de pensar en otro libanés de identidades múltiples, Amin Maalouf, que sin duda comparte muchos rasgos con el abuelo de Eduardo Halfon narrador y con el propio autor también. El mismo Maalouf ha reflexionado sobre esta misma cuestión, la identidad y los orígenes, sin duda con conclusiones no muy diferentes a las del autor guatemalteco. Todo ello además nos viene dado en un estilo sin grandes ornamentos, a retazos gruesos, una forma de narrar muy peculiar de Eduardo Halfon que le convierten cuanto menos en uno de los escritores más interesantes de la literatura en español (por no entrar en controversias identitarias) y sin duda con más fuerza de la actual literatura mundial.

Por Natalia Doñate

Conociendo a Abel

Daba pena verla andar por el barrio, proyectando una sombra donde antes había dos. Ropa deportiva desgastada, zapatillas colo-rinches y costosas y el mismo trayecto por delante. Portaba ese aire de sabiduría que reconoce que un buen calzado evita una cadera rota y oídos completamente sordos al último grito de la moda.

En el edificio la llamaban la viuda del 8vo B. Una tarde otoñal, de esas que huelen a tierra oxidada, pasé a llamarla Marta. Mi perro, inusualmente interesado por las suelas con airbag, se había acercado a oler sus pies y casi la tira al suelo. Ironías de la vida. Afortunadamente sus huesos delicados seguían intactos, pero mi brazo quedó apresado por

Foto: Pinterest



el suyo y me encontré arrastrada a su recorrido vespertino. Mis sentimientos se debatían entre ser una buena samaritana y planear cómo esquivarla por el resto del año. No me considero una mala persona, pero la gente sola suele ser absorbente.

Los demás transeúntes nos pasaban por derecha e izquierda, pero con paciencia y buena voluntad llegamos al último tramo. A lo lejos se veía el ansiado cartel de llegada: "Edificio Gaviotas". Con un apretón que era casi una caricia y un dedo tembloroso me indicó una rotunda.

-Gracias por acompañarme hoy, querida- dijo con ternura. Te voy a contar una intimidad. Todos los días hago el mismo recorrido que hacíamos con mi marido. No por nostalgia, sino porque me gusta divagar y conozco el trayecto de memoria. Pero esté donde esté en mi cabeza, cuando llego a este punto me acuerdo de él. Es curioso cómo un lugar físico puede transformarse en un portal al pasado. Abel era vagoneata para caminar, y cuando llegábamos a esta parte se ponía gruñón. Necesitaba un empujoncito, entonces para distraerlo inventé un juego. Le daba a elegir opciones, por ejemplo:

"¿Una costilla bien doradita con salsa barbacoa y papas fritas o una suprema de pollo rellena de roquefort y apio, con puré de calabaza?"

Tendrías que ver su cara. Se ponía feliz con sólo imaginarlo. A veces elegía la carne, otras el pollo. Dependía mucho del ánimo del día. Después era mi turno (yo soy más bien dulcera) así que me decía:

"¿Una banana con miel o una porción de pasta-frola?"

¡Y yo me agarraba la cabeza, porque me gustan tanto las dos! Así que me turnaba, un día una, un día otra, para no quedarme con las

ganás. Acumulamos millas y el juego se perfeccionó. Le dimos ambiente. Entonces Abel me decía:

"¿El foie gras que probamos en la Torre Eiffel en la luna de miel, o las rabas del hotelito de Brasil en un mediodía lluvioso?"

A lo que yo retrucaba: "Es invierno. Está para hacer hielo en la vereda. ¿Una picada con cerveza frente al fuego en un restaurante de Bariloche, o una pizza al horno de barro en una cabaña en Córdoba?"

A veces éramos malvados y nos hacíamos elegir entre comidas asquerosas, como hígado encebollado o mondongo. Llegó el momento en que agotamos las anécdotas, pero ni lo notamos. Inventamos nuevas. Es gracioso; hoy recuerdo tanto las situaciones reales como las imaginarias como si tuvieran el mismo peso. Tal vez se conozca mejor a una persona por sus sueños. Para cuando nos queríamos acordar, estábamos en la puerta de casa, empachados tras de un picnic en Marte o una degustación de vinos en París de la Belle Époque. No tengo idea de cómo es el paisaje a partir de esa intersección. Me pierdo en los recuerdos. Por suerte todavía no estoy gagá y llego bien a casa.

Me entusiasmé. Esa mujer era increíble y sería agradable acompañarla de cuando en cuando en sus paseos. No todos los días, claro está, pero eventualmente podríamos volvemos amigas. Habría que tantear qué opinaba ella de mí, porque ni el nombre me había pedido. Tal vez mi presencia le daba lo mismo que un bastón. Me encontraba en esas cavilaciones cuando me miró y preguntó con picardía:

-¿Sándwich de jamón y queso con mayonesa o empanadas de carne cortada a cuchillo?



CECILIO OLIVERO MUÑOZ

AUTUMN LEAVES

Que me venga a buscar el sol en estos momentos en que tanto lo echo de menos, ya que si no viene tendré que inventarme un amigo imaginario para que este cielo de otoño no se lleve mis penas como un ladronzuelo de pacotilla. El cielo de otoño es un océano que nadie quiere cruzar, la tarde es pequeña como un bebé sin dientes, y las hojas ocres provocan incendios allá en las plazas públicas. Pobre de los barrenderos que las quitan de en medio como un estorbo inútil de lo que somos antes del invierno. En el otoño huele a libros secos tras mojarse, huele a fragancias de leña y un humo espeso explica la

verdosa culpa del musgo seco. Yo no quiero morir en otoño, pero vendrá la parca seguro y me querrá hacer un traje de pino, pero yo diré que no, que entierren mis cenizas ante una arboleda, para que pueda sentir pájaros cantando en el silencio de la muerte. Hubo una vez un hombre que murió en otoño, y no quisieron los sauces hacer un simulacro de desgracia, reproche que le dieron los alcornoques y se inflaron de cortezas dispuestas para el vino, ese vino que beberé en otoño, para desquitarme el gris lamento de los días opacos. Me encargaré yo mismo de expulsar al otoño y al invierno con música de cantares sin públicos, sólo estarán mis ojos mirando a la melancolía de los vientos iracundos, me absorberá una gota de tu recuerdo, que yo haré canción rimada, y las pastillas que ansiaba tomar en mi niñez no sean ahora rutina por la que escapar de libertades borrachas que odian los taberneros de la siega del tocino, ellos como malditos cielos de otoño, me avisarán de aquellas tantas veces que estuve tan muerto, la piel será fruta podrida.



Por Juliana Mbengono

El sendero de la finca

Con las cestas en la espalda,
a veces colocadas en la nuca,
regresan al pueblo las mujeres.

La fría brisa es su compañera,
junto con el canto de las aguas,
el crujir de las hojas secas
esparcidas por el sendero.

Por Javier Olalde

Inasequible

A recordarte traigo
simientes de palabras, sílabas
libérrimas sin concertar
y horas sin agravios ni alabanzas
que no encontraron el reloj
indispensable.

Puede que ya te olvide
y todavía solo restos remotos,
piedras contusas, arcilla informe,
marcas de lugares cubiertas de maleza,
muestren algo de ti que no descifro.

Inadvertida parece ser tu suerte
en esta desmemoria inasequible.

¿Quién eras, por qué fuiste, dónde?
Paleontología del recuerdo.

Poetisa sin pluma ni papel

Un incómodo momento juntos abrazados,
con la poesía muerta
en el sudor de tu cuerpo.

Este amor no es lienzo,
ni un día sin ti me vacía el alma
ni sigo viendo belleza en el azul de tus uñas.

Ni eres papel, ni eres pluma,
la distancia le vendría bien a nuestro amor
con algún momento de libertad entre bambúes.

Avara sombra

Ocurre que te esbozo
y no sé bien por qué escribir este poema
donde la madrugada va perdiendo su
nombre
y tú tampoco dejas de ser todavía oscura
e incierta incluso, avara sombra
más que albor en camino.

Te solapas y yo,
que desbordo en las ramas nutritas del
silencio, te procuro, intento alas y holguras
para sobrevolarte en estas horas cuando no
eres sino astilla de soledad a quemarropa
o evanescencia en todo caso.

Y no sé bien por qué escribo este poema
sin ti, vuelvo a decirme.

Por Juan A. Herdi



Foto: Pinterest

Paso de Baile

– El viejo tiene pasta por un tubo.

Me miraron entonces con atención, a todas luces atañidos ya por lo que les contaba. No habían creído al principio, cuando les empecé a hablar de Venancio, que de este tema fueran a sacar nada. Sin embargo, ahora estaban expectantes por los datos que pudiera aportarles y por el carácter del viejo en cuestión, como si de pronto no hubiera nada más.

– También es desconfiado, lo cual es bueno y es malo al mismo tiempo.

Mantuve un breve silencio con el que intentaba mantener la tensión y ratificar si había en ellos interés por el asunto. No estaba del todo seguro. Lo conseguí no obstante. Sus miradas indicaban bien a las claras que crecía su deseo de saberlo todo de Venancio y sobre todo de su dinero, y que también ansiaban por conocer las dificultades que debíamos afrontar.

– Es bueno porque no se fía de los bancos y tiene la mayor parte del dinero en casa, sin duda bajo el colchón, todo un clásico. Es malo porque desconfía también de todo el mundo, no queda casi nunca en su piso.

– Pero tú has estado en él –dijo Miguel, con ánimo de aclarar todas las dudas, apuntando mis posibles contradicciones.

– Sí, pero a mí me necesita.

Conocí a Venancio unos pocos meses antes. Hábiamos comenzado a hablar en el Gayarre, él era dicharachero, aparentaba simpatía y hasta cierta bonhomía. Es lo que pensé entonces, aunque pronto me di cuenta del percal. Yo había bromeadido con Izaro, la camarera, tan coqueta ella y agradable, alegraba no sólo la vista, me diría Venancio guiñándome un ojo, era simpática y buena conversadora, aunque a veces su traba-

jo le limitaba. A Antonio, el dueño del café, no parecía molestarle que fuera charlatana y que en ocasiones desatendiera un poco el servicio, al contrario, sabía también que era un atractivo para el negocio, que muchos clientes iban, íbamos, por ella al local. Mi broma le había provocado una carcajada. Aún reía con ganas cuando fue a atender al otro lado de la barra.

— La tiene usted en el bote —me dijo entonces Venancio, que estaba a mi lado y había escuchado mi comentario. No me había fijado en él hasta que me soltó el comentario.

— No lo creo —repliqué. Fue entonces cuando le observé de veras. Era mayor, un anciano, su aspecto anunciaba la fragilidad de la vejez, pero al mismo tiempo parecía mantener una enorme agilidad, mental y física, sin que ello supusiera en absoluto una contradicción.

— Quien hace reír a una mujer tiene la mitad del camino.

— Reírse es sano.

Me dio la razón y dije entonces que la vida moderna daba pocas ocasiones para la risa sana.

— A estas alturas nadie quiere ser feliz. No se dan cuenta de que en mi época la vida era mucho más difícil.

— Parece que me esté usted hablando del pleistoceno.

Sonrió. Me contó ese día que había llegado a Bilbao en la posguerra, procedente de un pueblo de Palencia.

— Yo era entonces un pimpollo.

Me contó que a pesar de todo salió adelante.

— Trabajo duro y tenacidad.

No creí en ese momento que hubiese una historia de verdad en él, más allá de sus recuerdos, que eran la de toda una generación. Imaginé que habría trabajado en alguna fábrica o en un taller, que con el tiempo montaría un negocio y le fue bien. Me fijé en que vestía con gusto, no era elegante propiamente dicho, pero la ropa era cara, de calidad.

— Usted a qué se dedica —me preguntó de pronto, a bocajarro, tal vez con esa permisibilidad que da la edad.

— Mis cosas, mis negocios —no estaba yo muy por la labor de contarle mi vida, de mostrarles mis cartas al primero con que me cruzase.

— Sus chanchullos, vamos —afirmó de un modo socarrón, y sonrió no sin cierta mordacidad.

Me lo volví a encontrar dos días después en el mismo lugar. Estaba sentado a una mesa y me invitó a sentarme con él. Esta vez comenzó a contarme. Se instaló en la zona de La Palanca nada más llegar a Bilbao.

— Ni de lejos es ahora lo que fue. Tampoco cuando yo llegué lo era.

Recién había acabado la guerra y se notaba el miedo. La miseria era absoluta. Apenas había trabajo y si lo había, era mal pagado.

— Hubo que buscarse la vida.

Encontró la manera de vivir del estraperlo. Conoció a gente de la estiba, portuarios que necesitaban también un extra. Les compraba productos que a su vez adquirían a los marineros, los guardaba en su piso de la calle Gimnasio, pero no tardaba en deshacerse de ellos.

— Al principio, azúcar, café, chocolate, leche en polvo.

Les consiguió clientes a dos muchachas del barrio, a veces les alquilaba su propio cuarto por

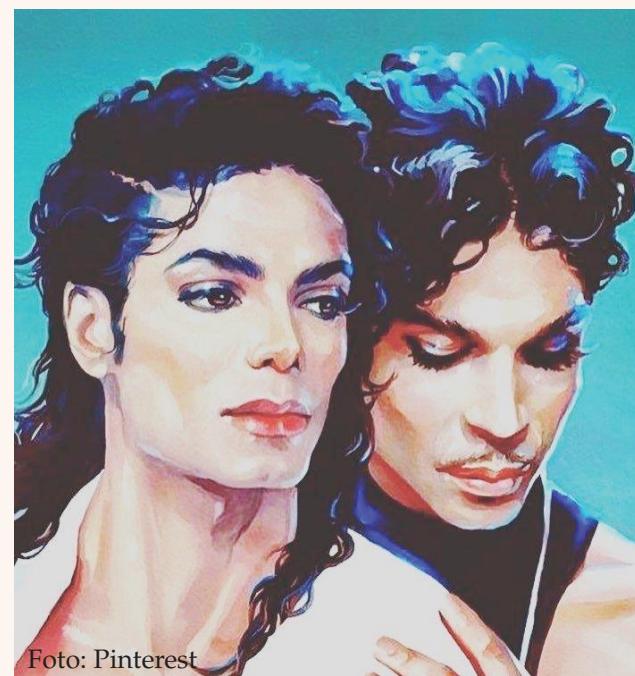


Foto: Pinterest



horas. Si tenían algo de reparo, algunos anocheceres, los fines de semana, vete a saber con quién podían toparse, él se quedaba en otra parte del piso, a la espera, por si acaso.

– Eran tiempos difíciles y muchos hombres estaban afectados por la guerra, medio enloquecidos por el horror y la miseria.

Pronto comenzó a manejar dinero y compró algunos pisos de gente que tuvo que marchar a toda prisa o que estaban intentando salir del país, el barrio había sido de izquierdas, muchos socialistas, un buen puñado de anarquistas, casi todos ellos sindicalistas de toda la vida, señalados y muy necesitados de dinero, así que aceptaban lo que les diesen. Algunos los vendió después, cuando las cosas mejoraron, un poco más caros, o los alquiló a sus protegidas y a amigas de éstas. También tuvo acceso a otros productos.

– Alcoholes varios, morfina, penicilina.

Hizo dinero. Supo camelarse a la policía. Les conseguía cosas, les daba algún que otro soplo para que pudieran ganar puntos ante sus superiores. Cuando llegaron los cincuenta y las cosas se estabilizaron algo, él ya tenía una posición, pero supo ser discreto y no llamar la atención ni exhibir el dinero que ganaba a mansalva.

– No había que ser como los nuevos ricos.

En los setenta las cosas se pusieron chungas, tras un vago intento de recuperar la vida alegre de principios de siglo, por la inestabilidad general pero sobre todo por la droga.

– Corrió la heroína como la pólvora.

Hubo que echar una ojeada por otras zonas, aunque las cosas se pusieron mal para gente como él, comisionistas y estraperlistas. Tuvo claro además que no quería nada con el mercadeo de la pejiguera esa. Eso sí, tuvo ocasión de agenciarle algún que otro piso por cuatro chavos cuando sus propietarios estaban petados por la droga o morían y sus familias querían deshacerse de los pisos a toda prisa. No tuvo muy claro para que los compraba.

– Lo hice más por hacerles un favor, a saber lo que iba a pasar con La Palanca, visto lo visto.

A mí me sonó a mero cuento, a estas alturas lo suyo no era altruismo, sino puro olfato, un mercado de futuros *avant la lettre*. Con el tiempo alquilaría o vendería esos pisos a inmigrantes y a los primeros bohemios que se instalaban en la zona. También ayudó a intermediar con algunos pisos por una pequeña comisión.

– Éste es el resumen más proclive a él –Miguel y Carla me miraron no sin desconcierto, sorprendidos, aún hay más, parecían pensar, como si lo dicho no fuera suficiente para conocer al personaje. En otro de nuestros encuentros en el Gayarre ya me habló de su necesidad de alguien que le prestara algún que otro servicio. Él ya era viejo, cuando lo dijo simuló unas risas, como si bromeara, también lo eran sus colegas, y eso no solía ser bueno en algunos casos.

– Hay quien ante la vejez se pone chulito.

Entendí su solicitud. Pero preferí que me siguiera contando. Se trataba de acompañarle en algunas gestiones, la gente se apacigua bastante ante alguien joven que sabría responder a cualquier agresión, verbal o física. Con el tiempo, me dijo, podría ir solo, en su nombre.

– Por supuesto te pagaría bien.

Sonréí levemente, aparentando que eso era lo de menos. No estaba bien visto que se hablara de dinero, cuando en realidad sólo se hablaba de dinero. Unos pocos días después comencé a acompañarle. Íbamos a cobrar rentas o a gestionar algunos productos que se pasaban de extranjis, nunca drogas, no las quería ni en pintura. También visitamos pisos de chicas. El viejo tenía buen gusto, pensé, las elegía siempre jóvenes y exóticas. Las decía cosas, porquerías, y las sobaba de lo lindo. Ellas disimulaban, en el fondo estaban sin duda incómodas. Él me guiñaba un ojo mientras sus manos se orientaban hacia zonas sensibles. Con el tiempo ni disimuló ante mí, se metía con alguna en uno de los cuartos.

– Espera un momentín –me decía.

Salían al poco rato, las caras de ellas eran un verdadero cromo. Está bien trajinárselas de vez en cuando, me decía él mientras bajábamos a la



calle. Por primera vez me daba cuenta de lo bárbaro de su faena.

– ¡Cabrón! –murmuró Carla.

Tardé alguna semana en ir a su casa. Por lo general, le acompañaba hasta el portal, charlábamos un poco, quedábamos para el día siguiente o para unos días después. Me daba lo mío en el Gayarre. Una tarde me dijo que subiera, fue más bien una invitación. Subí. Su piso no variaba mucho del edificio, era sencillo, sin ostentaciones ni boatos, el apartamento de un trabajador o de un jubilado tras años de dura labor, algo abandonado sin duda alguna, aunque se notaba que hubo la mano de alguna mujer, antaño.

Me dijo de sentarme a la mesa de la sala de estar. Él sacó una botella de ron y dos vasos. Me sirvió. Era un ron bueno, me comentó, de Nicaragua, *flor de caña*, el mejor del mundo, añadió, y guiñó un ojo.

– No me digas que no te cuido.

Sacó todo el dinero que habíamos obtenido y que él había ido guardando en un bolsillo interior de la chaqueta. Lo contaba y lo dividía de mil en mil euros. Cada parte los introducía en un sobre y los colocó con disimulo algo forzado todos juntos en el armario, debajo de una de esas figuritas de porcelana, una bailarina dando un paso de baile. Volvió a sentarse delante de mí y volvió a guiñarme un ojo.

– Ha sido buena tarde.

Me pagó.

Volví alguna que otra vez más. Repetía siempre lo del dinero, que debía poner a mejor resguardo después de que yo marchaba. Pero la casa no era grande y sin duda no costaría mucho encontrar los sobres. Carla y Miguel me miraron con un brillo en la mirada. Sabían que iba a ser un palo fácil. El viejo tampoco iría a denunciar, cómo justificaría entonces todo ese dinero que tenía en casa y que a todas luces no venía de su pensión exigua.

– Habrá que tener cuidado después, sin embargo. Podía seguir teniendo buenas relaciones con la policía y estaría aún protegido por ella. Por otro lado, Bilbao tampoco era una ciudad muy grande.



– Aquí nos conocemos todos.

Tal vez sería bueno que nos largáramos por un tiempo. A mí siempre me rondó irme una temporada a Portugal, sin duda el dinero me daría para un rato largo sin preocupaciones. Podíamos marchar los tres juntos, propuse, nos vendría bien un año sabático y nos apreciábamos.

– Pero no vendamos la piel del oso antes de cazarlo.

Al día siguiente había quedado con Venancio. Iba a ser una tarde de cobros, conocía sus rutinas, por lo que si no había sorpresas, y nunca las había habido, a eso de las ocho como más tarde estaríamos en su casa. La cuestión era que Miguel y Clara esperaran delante del portal desde las siete.

– Tenéis un bar justo delante con un ventanal enorme.

En cuanto nos vieran subir, debían calcular un cuarto de hora exacto y subirían. Yo les daría acceso, a los quince minutos iría al lavabo, junto a la puerta de entrada, les abriría el portal y entornaría la del piso.

– Ya sabéis, el tercero izquierda.

Le íbamos a pillar por sorpresa, ni de lejos se lo esperaría. Iba a ser un trabajo fácil, no cabía la más mínima duda.

No tengo recuerdos

María José Basañez

Es posible que todo haya sucedido como dicen los demás. Yo solo tengo recuerdos a través de una ventana inundada de flores, un monte, los caminos que llevan a la cumbre. Un paisaje donde están anclados mis recuerdos.

Me pregunto qué clase de árboles eran, cómo era mi madre, mi padre, mis hermanos...

¿Cómo era él? Ya no recuerdo su cara ni los viajes que hicimos juntos, haciendo planes, tejiendo futuro.

Cuando quiero hacer memoria, la lluvia lo inunda todo, cayendo sin cesar y borrando mis recuerdos...

acabará seco y marchito con el paso de los días.

Afortunadamente, esta historia habla de una flor, pero podría ser la historia de M'Bala, un niño africano con la desdicha de nacer con piel albina en mitad de Guinea Ecuatorial, donde será repudiado, agredido o incluso asesinado a causa de esta extraña condición. O será encontrado por algún medio extranjero para convertirlo en un ícono de moda hasta que, tras explotarlo hasta el zenit de su carrera, se marchite como este tulipán.

La historia se repite: rechazando lo que nos resulta diferente, destruyendo lo que nos resulta bello.

Afterwork

Emma Crespo

No quería imaginar cómo había llegado hasta allí.

Su memoria era un colador por el que se escapaban los acontecimientos como un caldo de cocido, dejando solo solo algunos restos poco aprovechables. El verdadero jugo de su vida, la sustancia, caía y caía sin que hubiera debajo ningún recipiente en el que recogerla para que sirviera como alimento de su alma desastrada.

La mañana del viernes había sido absolutamente ordinaria, según creía. Café solo, ducha y paseo hasta el trabajo. Casi tenía la certeza de que así había sido pues, aunque no podía rememorarlo con claridad, tampoco sentía aquella desazón malsana que lo atormentaba cuando su mente trataba de avisarlo de que estaba olvidando algo reseñable o, siquiera, fuera de lo común.

Seguramente, habría almorcado un par de tapas en el bar de la esquina. Tal y como hacía siempre, habría celebrado el fin de la jornada laboral

Blanco y negro

Jonathan Blanco

Amanece un día más y con el temprano fulgor de los primeros rayos de Sol, la vida despierta en este jardín de tulipanes. Todos ellos son de color negro y se alzan regios y orgullosos alrededor de un único tulipán de color blanco que destaca entre los demás.

Tímido y lánguido, germinado seguramente de una bella casualidad genética, de la excepción de todas sus reglas, no crece erguido como el resto, se encorva avergonzado por el color con el que nació. Apartado y discriminado por el resto de tulipanes, pese a estar rodeado de sus oscuros congéneres.

Llega el día en que una niña se fija en él. Deslumbrada por su bello color decide cortarlo y utilizarlo para adornar su cabello, así el tulipán

con cerveza. Con el tiempo, se había convertido en el más metódico animal de costumbres. Solo así podía estar seguro de que nada escapara a un control que ejercía sobre sí mismo a base de aferrarse a la paz interior que le proporcionaba la seguridad de que nada de lo programado se había movido un ápice de su lugar.

Siguiendo con esa línea de pensamiento, habría ido a casa a tumbarse un rato y después, a media tarde, se habría vestido para salir. Había decidido, hacía ya algún tiempo, que los viernes eran el día perfecto para atender su vida social, por lo demás bastante anodina. Su compañero de oficina, un hombre que destacaba poco en todos los sentidos y a quien él había hecho

partícipe de las lagunas mentales que regían su milimetrada vida, era también su amigo, confidente, compinche y paño de lágrimas. Esto último no podía confirmarlo, pero tenía el pálpito perseverante de que alguna intimidad habrían tenido que compartir para que el otro se mostrara siempre solícito y paciente, como solo las personas a quienes has conmovido profundamente son capaces de mostrarse, debido a la pena.

De lo que sí estaba seguro era de haber tomado ginebra. La acidez y el reflujo que le hacían fruncir el ceño eran señales inequívocas y, por otra parte, la imagen de su propia mano sosteniendo un vaso con hielo y una rodaja de limón no dejaba de atormentarlo una y otra vez, como el sonido machacón de un despertador que no alcanzas a detener con la mano. Ese era su último recuerdo nítido.

Sin embargo, ahora estaba allí, desnudo sobre la cama de una habitación de hotel, y el cuerpo frío y sin respiración de una desconocida a su lado empezaba a provocarle una repulsión tan profunda como el vacío que se abría en sus recuerdos de las últimas horas. La melena negro azabache, encrespada y revuelta, cubría por completo el rostro de la mujer y parte de su cuello, aunque no podía esconder el tajo que le rebanaba el pescuezo de lado a lado y del que, seguramente, provenía toda aquella sangre sobre la que ambos yacían.

Imaginar su propia mano sosteniendo el filo que había degollado a aquella desdichada lo hizo estremecer. Sin referencias que lo ayudaran a recomponer una historia tan macabra y retorcida, no era capaz de comprender sus propios motivos para haberse conducido como el psicópata que las evidencias le mostraban. Se preguntaba una y otra vez si su falta de retentiva no sería un mecanismo de defensa ante ese tipo de pulsiones asesinas y, sobre todo, si aquella terrible situación no se habría repetido



en el pasado. Esto último lo dudaba, pues no se consideraba tan inteligente como para haberse evadido de la justicia con anterioridad. No obstante, la realidad era la que era, y él estaba allí, junto al cadáver que lo acusaba y, muy probablemente, lo condenaría sin remedio.

Entonces, a través de las brumas de su conciencia infiel, un pensamiento concreto se fue haciendo cada vez más nítido hasta ocupar todo el espacio que el horror había dejado libre: a él le gustaban las rubias.

Le voyage

Marisol González

El reloj de la estación marca las 8:00 de la mañana cuando una joven pareja de unos treinta años y dos niños de corta edad se bajan del tren y esperan en el andén. Miguel, el hijo mayor, de tres años, tiene hambre y reclama un trozo de bocadillo que le sobró de la cena. La niña de trece meses duerme plácidamente en brazos de su madre.

Miguel empieza a correr de un lado a otro, quiere verlo todo, es muy inquieto y observador. Vicente teme que se pierda entre tanta gente y le coge en brazos.

Hace un mes, dejando a su familia en Madrid, Vicente viajó a otro país, otra cultura, otro idioma, con sólo unas monedas en el bolsillo, su maleta de cartón y un contrato de trabajo por un año. Aunque sabía leer, apenas sabía escribir; pero eso no le detendría, ya que sentía el apoyo y el aliento de su familia empujándole hacia un futuro incierto, aunque infinitamente mejor. Mientras tanto en Madrid, Lola se pasaba las noches tejiendo gorros, bufandas y guantes para sus hijos. Le dijeron que era un país frío y húmedo. Esperaba ansiosa y temerosa que Vicente volviese a buscarles. Vicente,

a cuenta de su primera nómina, consiguió una casa, compró cuatro muebles de segunda mano y los billetes para su familia.

Mientras en la estación aguardan a que el patrón venga a recogerles, Vicente recuerda cómo, cuando llegó, tuvo que hacer la gallina para conseguir huevos y el cerdo para conseguir chuletas. Esas fueron las primeras anécdotas que compartirían en sus vidas. Atrás quedó el momento en el que intentó entrar en Alemania sin papeles, sólo con un pasaporte en el que había pegado la foto con un engrudo hecho a base de agua y harina.

En ese momento, los cuatro reunidos, poco imaginaban las aventuras que vivirían y las gentes tan maravillosas que conocerían, como Jeanine y Jean, sus primeros vecinos, que les abrieron sus puertas y dejaron que se engancharan a su luz, ya que en su casa no tenían. A la panadera, carnicera y tantos más, que pudieron sisarles y no lo hicieron. Lola abría su mano con el dinero y dejaba que ellos cogieran lo que se les debía. Lo que iba ser una aventura de un año, pasaron a ser trece años de felicidad.

Cincuenta y cinco años más tarde, Jeanine se reunirá con aquellos dos niños que llegaron de Madrid, y dos hermanas más que nacieron en ese país.

Vicente, Lola y Jean ya no estarán.



www.nevandoenlaguinea.com